

## Tormentos

Fernando Butazzoni

*Durante décadas sucesivos gobiernos de EEUU mintieron al decir que no habían intervenido en el complot para derrocar a Salvador Allende en Chile. Después se demostró que sí intervinieron. Mintieron al decir que nunca quisieron asesinar a Fidel Castro. Después se demostró que sí lo intentaron. Mintieron al negar su complicidad con las dictaduras latinoamericanas. Después se demostró que sí eran cómplices.*

Ahora, por estos días, una nueva verdad negada mil veces ha quedado demostrada. Lo significativo es su importancia, más que su novedad, ya que desde hace años se denunciaba ese horror. Desde esta misma página lo hicimos en varias ocasiones. Y su importancia radica en la incontrastable luz que arroja sobre el carácter imperialista y hegemónico del gobierno de EEUU, al que nada parece capaz de refrenar: ni la legislación, ni sus aliados europeos, ni la opinión pública mundial.

El pasado viernes 20 de julio el presidente Bush firmó una orden ejecutiva que, en la práctica, implica un tácito aval a los métodos de tortura empleados por la CIA en su “lucha global contra el terrorismo”. Las declaraciones de Bush y la implementación de medidas gubernamentales al respecto, vienen a reafirmar lo que tantas veces se ha denunciado en todo el mundo: que el gobierno de EEUU emplea los tormentos físicos y psicológicos para combatir a quienes puedan significar una amenaza a su seguridad interior. Para ello cuenta con el poderío, el dinero y los avales políticos necesarios como para ejecutarla en casi cualquier lugar del planeta.

Y vaya si lo ha hecho. En estos años, según decenas de denuncias de prestigiosas personas (parlamentarios europeos, congresistas de EEUU, periodistas de, entre otros medios, *The Washington Post*, organismos como la Cruz Roja Internacional, etc.), los agentes de la CIA han secuestrado personas, las han torturado y asesinado sin dejar rastro de ellas. ¿Cómo se sabe esto? Algunos tules han comenzado a rasgarse. El presidente de la Comisión de Asuntos Jurídicos del Consejo de Europa, el suizo Dick Marty, ha dicho que “varios agentes secretos de la CIA” le han brindado testimonio sobre estos crímenes. Marty subrayó que esos testimonios son “concluyentes”.

En los mismos se detalla que durante los últimos años funcionaron en distintos países cárceles secretas regentadas por la CIA al margen de cualquier tipo de ley. Ni los gobiernos que servían como indignos anfitriones, ni el aparato de justicia de EEUU, ni las Fuerzas Armadas norteamericanas, ni la comunidad internacional tenían posibilidad alguna de conocer las actividades que se desarrollaban en esas prisiones. La CIA era la que manejaba esos campos. Ahora, varios informes apuntan a que por lo menos 539 personas, secuestradas al “viejo estilo” en distintas partes del mundo, fueron a dar a esos agujeros negros ubicados en países como Polonia, Rumania, Alemania, Emiratos Árabes Unidos, Indonesia, Marruecos, Pakistán y Tailandia. Entre los “chupados” por la CIA figuras ciudadanos egipcios, marroquíes, libios, españoles y hasta algunos norteamericanos, además de cientos de paquistaníes, afganos e iraquíes.

También durante años se denunció que, tras los atentados del 11 de setiembre, la CIA había implementado un programa de inteligencia mundial que implicaba el otorgamiento de nuevas y amplias facultades a los propios agentes, en cualquier circunstancia y país. Esas facultades eran ilegales, y eso fue cuestionado, ante el propio Congreso, por líderes del Partido Demócrata. Esto fue reiteradamente desmentido por el gobierno de EEUU. Ahora, la orden ejecutiva que “prohíbe” —de forma por demás vaga e incoherente— el uso de ciertos métodos de tortura en los interrogatorios, no viene a ser sino una nueva confesión de la Casa Blanca. A nadie se le ocurriría pensar que Bush y su equipo de gobierno perdieron el tiempo en prohibir una práctica inexistente.

En realidad Bush ha señalado con claridad no sólo qué es lo prohibido sino qué es lo que no está prohibido. Así, ha dado carta blanca para el uso de perros u otros animales en los interrogatorios (los más frecuentes son ratas, arañas y culebras), el “submarino” (siempre que no conduzca a la muerte por asfixia), la manipulación del sueño, de la percepción temporal y espacial, de los estímulos sonoros y visuales, de las necesidades fisiológicas básicas, los simulacros de diverso tipo, etc. Es cierto que aquí resulta casi vergonzoso escribir “etc.”, pero la descripción de los tormentos no prohibidos es, además de larga, intolerable. Casi tanto como la hipócrita orden ejecutiva firmada por George W. Bush el viernes pasado.